Azaña en el bosque de las letras: la pasión crítica de Goytisolo en *El lucernario*

Dagmar Vandebosch

Con su ensayo crítico *El lucernario*, dedicado a los escritos críticos y literarios de Manuel Azaña, Juan Goytisolo se propone rehabilitar al presidente de la II República como escritor e intelectual disidente. Partiendo de la poética crítica ‘apasionada’ de Goytisolo, este artículo explora la tensión entre el componente ético de *El lucernario* y su tendencia a la identificación del crítico con el autor estudiado. Si la dimensión ética del ensayo consiste en la reivindicación moral de Azaña como un ‘santo laico’, el enfoque crítico favorece una lectura apropiadora de la obra de Azaña a la par que contribuye a la autfiguración ideológica y moral de Goytisolo.

En su ensayo ‘El bosque de las letras’, Juan Goytisolo recurre a las metáforas vegetales, orgánicas, del árbol y del bosque para dar cuerpo a su concepción de la literatura. Los árboles, elementos más prominentes y prodigiosos del bosque de las letras, representan a las diferentes “culturas nacionales” o tradiciones literarias, las cuales parecen distinguirse sobre todo por el idioma. Goytisolo hace hincapié, más que nada, en la diversidad y la interdependencia “soterrada” de los organismos -árboles, arbustos, plantas- que componen el bosque de las letras, así como en su complejidad constitutiva: “[c]ada cultura nacional (...) constituye un árbol de múltiples raíces” (Goytisolo 1995: 160) y otras tantas ramas y bifurcaciones. Los árboles se caracterizan, además, por su gran capacidad engendradora, pues de “las raíces secundarias (...) brotan a veces los esquejes y plantas adventicias” (Ibíd.: 161).

El recurso a la metáfora del bosque deja claro que la aspiración al exclusivismo cultural -el pretender que el árbol crezca solo y aislado- no sólo implica un empobrecimiento de la propia cultura, sino que puede desembocar en la deshumanización del ‘otro’. ‘El bosque de las

letras' contiene una crítica feroz de cualquier forma de esencialismo cultural, como el que condujo "al infame campo de concentración de Sarajevo" o, en un pasado poco más remoto, a las políticas exclusivistas del nazismo y del nacional-catolicismo español (*Ibid.*:162). La literatura más plenamente consciente de la interdependencia y los cruzamientos entre los árboles del bosque de la cultura, es una literatura híbrida, crítica y creativa a la vez:

Conforme [el escritor] profundiza en los sustratos en los que [el árbol de su literatura] crece y descubre su enlace soterrado con los demás árboles, arbustos y plantas del *bosque de las letras*, asumirá la tesitura libre y abierta de nuestros antiguos y auténticos modernistas: su obra será así crítica y creación, literatura y discurso sobre la literatura. (Goytisolo 1995: 162; subr. del autor)

Uno de los árboles más frondosos es el de las letras castellanas, hecho que Goytisolo atribuye a la multiplicidad de sus raíces grecolatinas, hebreas y árabes, así como a su desarrollo caracterizado por el mestizaje, los trasvases y las metamorfosis. Para Goytisolo, cualquier escritor que tome "a pechos su labor literaria" entabla un diálogo privilegiado con el árbol de su cultura, aspirando a prolongar su vida y a enriquecerla (*Ibid.*: 160). En su propia obra crítica y literaria, Juan Goytisolo ha manifestado un interés constante por algunas de las ramas más escondidas y de las raíces más profundas y olvidadas del árbol de la literatura española. Reivindicando la herencia de estos autores y sus obras, Goytisolo se inscribe en una tradición de la disidencia, tradición crítica y satírica que se erige en alternativa para la tradición oficial y que se puede concebir, a su vez, como un árbol o arbusto con sus propias ramas y bifurcaciones. Una de sus ramas más robustas y antiguas es, sin duda, la de la literatura erótica medieval y renacentista de raíces árabes (del *Libro de buen amor* y la *Celestina* a la *Lozana andaluza* de Francisco Delicado), la cual se cruza a menudo con la de la tradición mística, desde San Juan de la Cruz a José Ángel Valente. Otras ramas son la de la literatura satírica y de crítica social (desde la *Celestina* a Mariano José Larra), la de los grandes ironistas innovadores de la literatura (Cervantes, Martín-Santos) y la del pensamiento laico y republicano de Blanco White o Pi y Margall. Un lugar especial en el árbol está reservado a los críticos de un concepto esencialista y estático de la nación: en primer lugar Américo Castro, pero también Luis Cernuda y Blanco White.

Con su largo ensayo crítico *El lucernario. La pasión crítica de Manuel Azaña* (2004, [EL]), Juan Goytisolo descubre en el escritor Manuel Azaña una rama olvidada, tanto del árbol de las letras castellanas como de su arbusto de escritores disidentes. Aun reconociendo la dificultad de separar al Azaña político del escritor, Goytisolo pretende centrarse en la personalidad crítica y artística de Azaña. No obstante, la manifiesta voluntad ética y literaria de “reparar” la figura de Azaña tiene un importante significado político: Goytisolo quiere redimir la “deuda moral” contraída con Azaña por él y sus contemporáneos (EL 8) y sacarlo del “limbo” en que el autor, demonizado por las autoridades franquistas y olvidado por los exiliados y adversarios del régimen, sigue atrapado más de sesenta años después de la guerra civil (EL 11-13).

Poética y praxis de la crítica

El mestizaje entre crítica y creación, promovido por Goytisolo en *El bosque de las letras*, no sólo fecunda la obra literaria a través del diálogo con otras obras de creación, sino que afecta también al texto crítico. Goytisolo rechaza la oposición entre una literatura subjetiva y una crítica aséptica: “mi experiencia de crítico me muestra que soy a la vez tan racional e irracional, tan objetivo y subjetivo, cuando escribo una obra de ficción, como cuando hago crítica literaria.” (Hernández 1976: 337) La crítica literaria preferida de Goytisolo es “apasionada” e interesada; es una crítica que se muestra subjetiva al punto de decir más sobre el crítico que sobre el autor objeto de su discurso. En varias ocasiones, el autor ha manifestado su interés por las aproximaciones en que “el crítico arrima el ascua a su sardina y hablándonos de otro escritor nos habla en realidad de sí mismo.” (Ibíd.: 338) Así procede en su ensayo crítico sobre Blanco White, en el cual atribuye su tendencia a compenetrarse con la figura del ex-cura exiliado al reconocimiento grato que produjo en él la crítica virulenta de Blanco a los “valores oficiales y patrios.” (Goytisolo 1982: 98) El libro sobre Blanco White marca un cambio importante en la praxis crítica de Goytisolo. La asunción de una postura crítica deliberadamente subjetivista, que “descubre su juego” y “pone de entrada las cartas sobre la mesa” (Goytisolo 1976b: 50), contrasta mucho con el elogio de la crítica sutil de Luis Cernuda en *El furgón de cola*. En este texto de 1967, el autor ve en la crítica “aproximativa” de

Cernuda una alternativa para el dogmatismo de la crítica francesa y el amiguismo de los críticos españoles. Aprecia en la crítica de Cernuda, de corte anglosajona, sobre todo el modo de “aproximarse con tacto y competencia a la obra de que se trata”, adoptando el esquema (si lo hay) a la materia y no vice-versa (Goytisolo 1976a:140-141).

En los escritos de Manuel Azaña Goytisolo reconoce y resalta una “pasión crítica” muy parecida a la que él viene practicando desde mediados de los años setenta. Al igual que Goytisolo, Azaña se distancia de una crítica concebida como actividad “objetiva” o estrictamente racional. En su ensayo sobre Ganivet, llama la atención sobre la necesidad de que el escritor, ya sea ensayista o autor de creación, disponga de una capacidad compasiva suficiente para extraer de sus materias “una emoción comunicable (...) de orden moral” (Azaña 2002: 64). Una de sus críticas al autor del *Idearium español*, precisamente, es la desorientación de su “rayo sentimental”, es decir, la falta de sensibilidad necesaria para revivir con tino las emociones del pasado. Azaña tampoco separa la actividad crítica de la creación literaria: cualquier escritor, incluido el historiador, necesita una “virtud creadora” y cualidades de poeta para afinar y dar plasticidad a sus representaciones (Ibíd.). La relación de Azaña para con el escritor criticado, sin embargo, no es de identificación, como en el caso de Goytisolo, sino de discusión y diálogo. Azaña critica a Ganivet porque sus ensayos enseñan más sobre el escritor que sobre la realidad analizada: “Delante de lo histórico, delante de lo actual, Ganivet se arredra a su mundo interior. Proyecta hacia fuera su propia luz. No nos enseña a descubrir el mundo que ilumina ni nos ayuda a entenderlo. Sólo descubrimos y entendemos a Ganivet.” (Ibíd.: 66) Azaña, en cambio, confiesa que “est[á] enseñado a leer (...) en coloquio con el autor, pidiéndole sus razones.” (Ibíd.: 84) En el ensayo sobre Ganivet, la crítica de Azaña toma la forma de una interrogación o examen, que consiste en sacar a la luz y enmendar los errores de raciocinio en el libro de Ganivet. Azaña acusa en la obra una falta absoluta de rigor en el discurrir, lo que le lleva a concluir que “glosar las páginas del *Idearium* equivaldría a restituir todo lo que Ganivet dejó de estudiar y de meditar antes de escribirlo.” (Ibíd.) En efecto, buena parte de su ensayo consiste en una reescritura comentada de unos apartados clave del *Idearium español*, detalladamente criticados y “corregidos”, tanto por lo que atañe al raciocinio como a los presupuestos ideológicos de

Ganivet. A continuación, se estudiarán unos ejemplos de semejante crítica “correctiva”.

La actitud de Goytisolo en el ensayo sobre Azaña, como en los textos críticos dedicados a Blanco White y otros autores disidentes, es más selectiva y más positiva: más que “pedirles razones”, Goytisolo busca y exhibe la “razón” de estos escritores, con los que siente una gran afinidad intelectual. En el caso de Azaña, al afán de restablecer a un autor olvidado, se añade el de rendir homenaje a un héroe, aspecto que trataré más detenidamente en otro apartado de este trabajo. En *El lucernario*, Goytisolo se centra en los aspectos de la obra de Azaña que juzga más meritorios o en los cuales más se reconoce. Su interés se dirige sobre todo hacia el espíritu (hiper)crítico o “demoledor” del autor de *Plumas y palabras*, especialmente cuando éste dirige su “inteligencia destructiva” en contra de la sociedad española. Goytisolo se detiene en los ataques de Azaña a la sociedad madrileña, al igual que la crítica despiadada de la España decimonónica en las novelas del autor: *El jardín de los frailes* y la incompleta *Fresdeval*. Se identifica con el protagonista de la primera novela, haciendo constar que su perspectiva de lector de Azaña es “la de alguien que compartió experiencias similares a las del protagonista y cuyo inicio en la vida partió de la misma insubordinación salutífera contra un sistema cerril de altos muros, asfixiante como una cárcel.” (EL 88) También suscitan su interés el laicismo de Azaña, su posición en una tradición liberal y antimonárquica, su concepto desmitificado de la nación española y unos caballos de batalla del autor, que no raramente coinciden con los del propio Goytisolo. Mencionaré aquí tan solo su aversión al localismo cultural, especialmente en su variante “necrófila” (“Si el héroe no se tomó la precaución de marcharse a la tierra sin dejar huella, está (...) expuestísimo a que le zarandeen el esqueleto” (Azaña 2002: 10)), la comercialización de la literatura (“Azaña no dice nada que no sepamos ya en este comienzo del tercer milenio, pero lo dice antes que ningún crítico o escritor español” (EL 83)), el caciquismo y la burocracia, fenómenos éstos comentados respectivamente desde la realidad española y marroquí.

Se observa con más claridad con cuánta selectividad opera Goytisolo en *El lucernario* al examinar su comentario sobre el ensayo que Azaña dedicó a Ángel Ganivet. Goytisolo se centra en uno de los temas del *Idearium* elaborados por Azaña, a saber la significación de la rebelión de las Comunidades de Castilla al principio del siglo XVI.

Según Ganivet, la posición de los Comuneros da fe de una reacción provincialista y tradicionalista a la propuesta innovadora y europea de la política imperial de Carlos I. La argumentación de Ganivet es minuciosamente refutada por Azaña en uno de los apartados más documentados de su ensayo (su comentario crítico es cinco veces más largo que el pasaje correspondiente en la obra de Ganivet), en el que interpreta la crisis de los comuneros como una “revolución” del pueblo y de la burguesía dirigida contra la monarquía y su política absolutista y centralizadora. Aparte de un breve resumen de las posiciones de ambos autores, Goytisolo se limita a poner de relieve una observación irónica de Azaña a propósito de la solicitud hecha por uno de los gobernadores del reino a fin de recibir el refuerzo militar de mercenarios turcos. La frase es considerada “siniestramente profética” a la luz de lo que pasará en la guerra civil. Goytisolo hace, en efecto, una lectura *a posteriori* de la obra de Azaña, no sólo por sus numerosas referencias a la guerra civil y al franquismo (cf. *infra*), sino también por su enfoque “muy siglo XXI”. Goytisolo se sitúa en un marco inspirado por las teorías del postnacionalismo y del género, como lo demuestra su interés por algunas muestras de posible misoginia de Azaña.

Tanto las “razones” que Goytisolo encuentra en la obra de Azaña como las escasas críticas que le hace, atañen a lo que el propio Azaña denomina las “emociones morales” comunicadas por el texto, es decir, a su dimensión ética e ideológica. Goytisolo se interesa por la crítica de Azaña al concepto de “lo español puro” en el ensayo de Ganivet porque conlleva la condena moral de toda forma de limpieza étnica, posición anticasticista considerada aún más loable “en pleno auge del racismo ario vertebrador de la doctrina oficial de Hitler.” (EL 43) Este enfoque moral es netamente más evidente en el discurso de Goytisolo que en el de Azaña: éste critica la idea ganivetiana de la pureza española más que nada porque carece de fundamento histórico y biológico (“de alma y sangre somos mestizos”) y porque da muestra de un nacionalismo absurdo. No alude a Hitler ni a Torquemada, no se centra en las implicaciones éticas de las teorías basadas en el concepto de la pureza étnica, sino que prefiere atacarlo con una mordacidad de inspiración claramente antipatriótica. Merece la pena citar un ejemplo de la crítica tajante y sarcástica al patriotismo español: “El absurdo supuesto [de la pureza española, DV] podría servir de argumento a un

cuentecillo filosófico, si se piensa que los menos contaminados son en España los hurdanos.” (Azaña 2002: 17)

Una lectura apropiadora: ‘Almanzor’

El enfoque crítico de Goytisolo, selectivo, deliberadamente subjetivo y basado en el principio de la identificación, corre el riesgo de dar lugar a una lectura parcial y a una apropiación ideológica de la obra. Según Ángel G. Loureiro (1998: 52), tales lecturas apropiadoras -lecturas erróneas o ‘misreadings’ conforme a la teoría de Harold Bloom- ignoran las diferencias que separan al crítico del autor que forma el objeto de su análisis. Goytisolo es consciente del riesgo: como se ha observado, consideraba el respeto por la individualidad de la obra como el principal mérito de la crítica de Cernuda. También en el artículo ‘Escritores, críticos, fiscales’, en que defiende una crítica deliberadamente subjetiva y metodológica, advierte que el crítico “debe tener la flexibilidad de adaptar su propio método a la obra que estudia.” (Goytisolo 1976b: 49) Sin embargo, la idea de una “aproximación” acertada a las ideas expresadas en la obra reseñada se ha vuelto utópica en una concepción de la crítica que lleva las huellas del ‘giro lingüístico’ y niega la diferencia entre crítica y creación: el crítico, según Goytisolo, como el escritor, es “a un tiempo, subjetivo, irracional y arbitrario (y objetivo, racional y moralista), pero lo disimula mejor.” (Ibíd.: 50)

El lucernario muestra una neta tendencia a la apropiación del discurso de Azaña, como mostraré mediante un análisis más pormenorizado del comentario de Goytisolo a un ensayo de Azaña titulado ‘Almanzor’. Publicado como artículo periodístico en el contexto de la guerra en Marruecos y recogido posteriormente en el volumen *Plumas y palabras* en 1930, el texto critica el impacto retrógrado de la guerra en Marruecos sobre la sociedad española. Azaña denuncia especialmente la representación de la guerra en Marruecos como una nueva campaña en la Reconquista, la cual juzga absurda y nefasta, pues hace que España se encuentre, a principios del siglo XX, mentalmente deportada hacia los tiempos de Almanzor y de Covadonga:

Así, el primer fruto de la guerra nacional contra los moros es restaurar los entes más viejos, arrancar del alma a los españoles toda una edad, y

encenderlos en la misma pasión que los míticos guerrilleros de la caverna astúrica. (Azaña 2002: 132)

Dos motivos dominan el análisis de Azaña. El primero es su crítica “demoledora”, fuertemente satirizante, del patriotismo y de los mitos nacionales, desde Numancia hasta los hitos y héroes de la Reconquista (Covadonga, el Cid, Santiago Matamoros). Azaña insiste repetidamente en el carácter artificial, ficticio de estos mitos: así sostiene que la batalla en que Almanzor fue vencido por el apóstol Santiago, no se dio. Contrasta esta evidencia con la propensión a la credulidad y falta de sentido crítico de buena parte de los españoles contemporáneos, quienes no se muestran más críticos ante las noticias que llegan desde Marruecos que los cronistas de la Reconquista, que creían en las encarnaciones del diablo. Pongamos como ejemplo de esta crítica al mito la referencia a Numancia, aparentemente el mito más desvinculado del contexto bélico actual. Azaña ridiculiza el culto a la resistencia de los numantinos, una “horda” con la que no siente parentesco alguno, alegando que “[d]ebemos España a la destrucción de las Numancias -soñadas o no- por el romano.” (Ibíd.: 131) El mito de la resistencia “indígena”, supuestamente “española”, se ve invalidado del todo por la observación de que Roma, “a quien llamamos madre, nos libró, con su enojo, del peligro berberisco.” La alusión a los berberiscos, enemigos de la España contemporánea en la guerra del Rif, hace aún más mordaz la ironización de la incoherencia del discurso nacionalista acerca de la identidad nacional (Roma como madre/enemiga de España). Sin embargo, no está claro hasta qué punto se lleva la ironía. Como veremos adelante, la oposición entre un ‘nosotros’ español, asociado aquí con la herencia romana, y un ‘ellos’ moro al mismo tiempo sustenta el texto y viene ironizada en él.

El segundo motivo recurrente en el texto es la alternativa formulada para España. Ésta consiste antes que nada en la modernización, la europeización y la laicización del país. La obsesión de España por Marruecos se considera como una regresión en este proceso y un lastre importante para el futuro: “en vez de irse cara al mundo en que siempre debió asistir, [España] mira al Atlas.” (Ibíd.: 133) La herencia árabe se describe en términos de una enfermedad que impidió durante siglos que el país siguiera el camino de su vocación europea, y de la cual la última guerra en Marruecos constituye una grave recaída:

España venía curándose, despacio, de la infección musulímica, y soltaba el veneno a fuerza de privarse, como se abstiene el morfinómano procurando su salud. Todavía el régimen era laxo, reciente. Hacía falta más rigor en la nutrición mental, expurgar la fantasía, buscar el aire tónico del Norte; extremar la defensa, brutalmente, hasta que el organismo perdiese la memoria de ese vicio y pudiésemos entrar en las mezquitas sin emoción histórica, con tanta naturalidad como en la barbería, y hablar de los almohades con el displicente gusto que pondríamos en disertar de los esquimales. No estábamos curados. (...) Con un pinchazo recaemos en la dañada afición que iba perdiéndose, el morbo musulmán recupera su virulencia. (Ibíd.: 130)

En las páginas que dedica al artículo de Azaña, Goytisolo no enfoca más que el primer aspecto, a saber, el rechazo irónico de la visión esencialista de la identidad española. Pone de relieve la desmitificación de la Reconquista en Azaña, la cual considera precursora de la de algunos universitarios españoles y extranjeros como Américo Castro, y en la que encuentra parecidos con su propia novela *Don Julián*: “Azaña habla ya de la opacidad insondable de la caverna astúrica.” (EL 138) Según el autor, España es, junto con Serbia, el único país europeo que en el siglo XX mantiene viva la memoria de una gesta medieval con todo su potencial destructivo. El reciente “episodio esperpéntico” del islote de Perejil, territorio inhabitado disputado entre España y Marruecos, ilustra que, incluso en la “España relativamente próspera y europeizada de hoy”, la retórica y los sentimientos antimoros no han desaparecido del todo (EL 137).

El apartado dedicado al artículo ‘Almanzor’ termina con un elogio a la “ecuanimidad” que Azaña supo mantener durante la guerra civil, cuando, enfrentado a la presencia de mercenarios marroquíes entre las tropas alzadas contra la República, “no incurrió en el empleo de clisés y estereotipos racistas como otras notables figuras del mundo político e intelectual.” (EL 140) Sin embargo, el pasaje de ‘Almanzor’ citado en prueba de esta actitud se revela problemático. Se trata de una observación sarcástica de Azaña, en la que sostiene que “cosa que los españoles hayan aprendido en Marruecos, no se conoce ninguna: como no sea cortar cabezas de moros y mostrarlos en las tabernas, o enviar a la Península, bajo sobre, dedos y orejas berberíes.” (Azaña 2002: 140) Es cierto que el principal punto de mira del futuro presidente de la República en este fragmento, lo constituyen los españoles, incapaces de mostrarse más “civilizados” que sus enemigos moros. Sin embargo, el pasaje también recurre, sin desmentirlo, a uno

de los estereotipos más arraigados acerca de los norteafricanos, a saber, su carácter violento y salvaje.

En su comentario sobre ‘Almanzor’, escrito a los pocos meses de la crisis de Perejil, el arabista español José María Ridaó se detiene en la actitud de Azaña frente a los estereotipos sobre el mundo árabe. Según Ridaó, Azaña se distancia tanto de la “representación del ‘fanático islamita’” como de las imágenes idílicas del orientalismo romántico, para “concebir la política hacia Marruecos como un asunto que concierne a dos países contiguos, no como respuesta a ningún ‘enemigo hereditario’.” (Ridaó 2002) Es cierto que se pueden distinguir dos representaciones del moro en el análisis de Azaña. La primera es la representación romántica del moro sensual, poeta, caballeresco y sentimental; la segunda la del moro salvaje, fanático, violento y bárbaro. Las dos representaciones vienen rechazadas desde el principio del artículo por formar parte del imaginario constituido durante los siglos en que España padecía del morbo musulmán. La imagen romántica del moro apenas tendrá un papel significativo en el resto del texto: es evidente que Azaña no comparte la fascinación de Goytisolo por la cultura árabe, ni su valoración positiva del aporte de ésta a la cultura española. De hecho, a lo largo de su texto, identifica a los “moros”, no con la cultura árabe, sino con los “berberiscos” -es decir, los actuales enemigos del Rif.

La segunda imagen del moro, sin embargo, forma el objeto de una estrategia discursiva que no es la del mero rechazo unívoco. Por más que Azaña condene la imagen “negra” del ‘otro’ africano como una construcción ideológica fruto de un prolongado conflicto bélico, no deja de hacer uso de esta imagen para convencer a su público español a desinteresarse de la guerra, la cual ejerce un impulso regresivo sobre la sociedad española. Si bien la representación estereotipada de la historia española y de los enemigos milenarios de la nación se encuentra muy ironizada, esta última observación es asumida sin reparos. Así, el fragmento citado por Goytisolo denuncia el comportamiento de los españoles, pero también implica que éstos en Marruecos no pueden aprender más que barbaridades. El estereotipo del berberisco bárbaro, además de ser ironizado, es utilizado por Azaña a fin de resaltar el segundo motivo del artículo, pasado por alto en la glosa de Goytisolo, a saber, el esbozo de un porvenir próspero, moderno, europeo y laico para España. Azaña no deja lugar a dudas de que España necesita curarse de la obsesión patológica con los vecinos

del Sur o, como lo pone con una alusión clara al lenguaje propagandístico de la Reconquista, “ver[se] libres de la morería.” (Azaña 2002: 129) Algunas de estas afirmaciones, como la citada a continuación, serán interpretadas como irónicas por parte del público lector por las netas reminiscencias al discurso nacionalista esencialista y xenófobo tan aborrecido por Azaña, pero tomadas en serio por otros lectores: “lícito era el regocijo de pensar que el africano no volvería a entorpecer el discurso natural de nuestras vidas, ni a embarullarlos el trabajo, ni a corrompernos el gusto.” (Ibíd.) En determinados párrafos dedicados al efecto de la guerra sobre la sociedad española, no obstante, la distancia irónica para con los estereotipos se vuelve casi inexistente:

Lo que presta la nación al individuo, el auxilio de vivir socialmente, se pierde en esta guerra, hoy por modo más estúpido que en el siglo décimo, pues lo aventuramos en disputar con mayores bárbaros que nosotros. No me conviene depender en lo más mínimo de la razón o sinrazón de un puñado de berberiscos cerriles. (Ibíd.: 133)

Uno de los factores que más le fastidian a Azaña es que la guerra restituya al “moro en su rango antiguo” (Ibíd.) de “amo” de España, puesto que “al enemigo siempre se le otorga un poder incalculable en tenerlo por tal.” (Ibíd.: 130) En el fondo, Marruecos carece de interés para Azaña: “Mirar en la calidad del enemigo, y si hemos de tenerlo, buscar alguno que nos honre.” (Ibíd.: 133)

Una última diferencia entre Azaña y Goytisolo puesta de relieve por una lectura detenida de ‘Almanzor’ es el desinterés relativo de aquél por las diferencias culturales. En la tradición del humanismo europeo, Azaña profesa unos valores considerados universales, que trascienden las culturas nacionales. A la larga, ve incluso estos valores modernos y laicos infiltrarse en el mundo del ‘otro’ marroquí: “por pronto que la furia española resucite y queramos pasar allá nuestros pendones, ya los moros usarán chaquet y perilla y tendrán escuelas laicas.” (Ibíd.: 129)

Un escrutinio de la biblioteca de Azaña

En *El lucernario*, un solo tema lleva a Goytisolo a abandonar su enfoque crítico subjetivo, centrado en la identificación con el escritor estudiado, para “pedir razones” a Azaña. Es el tema de la literatura,

que constituye la columna vertebral de la obra ensayística del autor y es uno de los más importantes en la de Azaña. Para Goytisolo no cabe duda que Azaña merece un lugar privilegiado en su panteón ideológico-literario, junto a Blanco White, Luis Cernuda y Américo Castro:

Lo que escribió sobre materias diversas -nuestra historia, costumbres, literatura, política- parece tomar el hilo a su remoto antecesor Blanco White; y su visión del pasado historiable (libre de toda mitología patriótica o localismo nacionalista), o sobre Cervantes y la discontinuidad cultural española, enlaza con la que, desde otras perspectivas críticas, desenvuelven el autor de *La realidad del deseo* y el de *Judíos, moros y cristianos*. (EL 10)

Goytisolo juzga significativo el hecho de que estos escritores no se hayan descubierto antes de que los uniera él: Azaña, traductor de Georges Borrow, nunca “dio con el hoyo profundo en el que fue sepultada la obra de Blanco White”, y Cernuda y Castro no mencionan en sus textos a su coetáneo Azaña, “enterrado (...) bajo una masa de escombros e injurias por el régimen militar vencedor.” (*ibíd.*)

En uno de los primeros apartados de su libro, Goytisolo intenta reconstruir el “árbol de la literatura” personal de Azaña, basándose en la obra crítica del ex-presidente. Su juicio global es ambivalente: la formación literaria de Azaña se hizo “a contrapelo de la enseñanza oficial”, de manera azarosa y anárquica, y sus “criterios selectivos adolecen a menudo de apriorismo e improvisación.” (EL 15) Goytisolo recorre en unas cuantas páginas la historia de la literatura española, desde la Edad Media hasta el final del siglo XIX, señalando y comentando las simpatías y antipatías de Azaña, así como sus aciertos y desatinos críticos. El ejercicio de genealogía literaria desemboca, algo previsiblemente, en el cotejo del árbol de Azaña con el de Goytisolo. Este se reconoce en la lectura que Azaña efectúa de la obra de Cervantes, su apreciación de Larra, su rechazo de los escritores del 98 -con excepción de Valle-Inclán-, y alguna referencia a la literatura medieval y a Lope de Vega. Sus comentarios son de una brevedad sorprendente en un autor tan interesado en la crítica de la literatura del Siglo de Oro y la llamada generación del 98. Así Goytisolo, gran cervantista, no se detiene en el ensayo de Azaña sobre el *Quijote*, a pesar de juzgar que fue Azaña “el que posó por primera vez en España una mirada moderna” sobre el libro (*Ibíd.*).

También en estos breves comentarios, se advierte una tendencia a la apropiación. De los comentarios variados de Azaña sobre Lope, por ejemplo, Goytisolo tan solo retiene uno que lo censura por dejarse “aupar e idolatrar por el vulgo.” En cambio, deja sin comentar el pasaje del ensayo sobre Ganivet en que Azaña reivindica el teatro de Lope como “expresión nacional (...) profunda y verídica” y lugar de encuentro entre el verbo del poeta y un “tesoro de emociones retraídas y taciturnas.” (Azaña 2002: 20-21) La idolatría del vulgo, según Azaña, se radica en el reconocimiento que produce la obra de Lope, en la que “la vena española rompe (...) violenta y abundante”, en el público español del Siglo de Oro. Este fragmento echa luz nueva sobre la concepción, fundamentalmente democrática, que tiene Azaña de la cultura nacional. Como se ha visto, Azaña execra los mitos patrios, pero sí presupone la existencia de una realidad cultural española, identificada en este caso con la de las amplias porciones de la población que valoraban y disfrutaban las obras de Lope. Otro caso ilustrativo es el de Unamuno. Goytisolo resalta sobre todo el antagonismo, de fondo político, entre ambos autores. Y ciertamente, Unamuno fue muy criticado por Azaña, entre otros motivos por su quijotismo. No obstante, el juicio de Azaña sobre la generación del 98 es más matizado: en su ensayo ‘¡Todavía el 98!’, observa que “[n]o todo fue, en 1898, aturdimiento, vocerío gárrulo, inexperiencia.” Incluso reserva un lugar en su propia tradición de la disidencia (“la dilatada (...) cadena de disidentes españoles que desde los tiempos de nuestro esplendor imperial han proferido sus protestas solitariamente”) al joven Unamuno, por su postura crítica y no conformista adoptada por el frente a la guerra de Cuba en 1898 (Ibíd.: 192-193).

Este capítulo es quizá el único en que Goytisolo adopta la perspectiva correctiva que caracteriza la crítica de Azaña: censura algunas de sus preferencias o intereses críticos (particularmente, la atención dedicada a la obra de Juan Valera) y reprueba algunas ausencias (Miró, y sobre todo Galdós y Clarín). Goytisolo reprende a Azaña por participar en el parricidio literario que cometieron los escritores de su generación contra don Benito “el garbancero” y Leopoldo Alas. El juicio parece algo duro, teniendo en cuenta que la revaloración de *La Regenta* es un fenómeno relativamente reciente, como ha explicado el propio autor en otro lugar (Goytisolo 1995: 17ss). Además, el principal motivo por el cual insiste en agregar a

Clarín al árbol literario de Azaña no es de índole estrictamente literaria, sino que atañe a la proscripción que ambos autores sufrieron en el régimen franquista y que condicionó su lugar en la historiografía literaria:

Como [Azaña], Clarín fue incluido en el infierno de los autores prohibidos por el franquismo y una de las primeras medidas de los salvapatrias en 1936 consistió en fusilar a su hijo, a la sazón rector de la Universidad de Oviedo, por el simple delito de su filiación y apellido. Muertos o vivos, Leopoldo Alas y Azaña pertenecían al mismo bando y pagaron muy caro su honradez, amor a la verdad y valentía en expresar sus ideas. Por eso resulta ciertamente incomprensible el desafecto de Azaña por un autor cuya obra debería haber poseído por herencia y leído con provecho. (*EL* 19-20)

La reivindicación de la disidencia ideológica de Alas y Azaña, en yuxtaposición con el relato de la muerte violenta del hijo de Clarín, evoca inevitablemente la figura del mártir. El pasaje citado, en efecto, pone de relieve otros dos rasgos de *El lucernario*, que comentaré en el apartado siguiente: a saber, la articulación de una crítica literaria de base ética, con una fuerte tendencia al ensalzamiento personal, y la importancia de la guerra civil y la subsiguiente dictadura como catalizadores de semejante perspectiva “hagiográfica”.

Una hagiografía laica

La crítica apasionada e identificatoria de Goytisolo no se basa exclusivamente en criterios literarios o estrictamente ideológicos, sino que generalmente implica un juicio ético que concierne a la personalidad extraliteraria del escritor estudiado. El concepto mismo de la “disidencia” presupone una valoración de la valentía que demuestra el autor disidente al no conformarse a ir con la corriente hegemónica u oficial. Los tres valores atribuidos a Clarín y Azaña en el pasaje citado arriba -la honradez¹, el amor a la verdad y la valentía en expresar sus ideas- constituyen el núcleo de muchos de los ensayos críticos de Goytisolo. Así, el autor admira a Blanco White por el culto animoso de *su* verdad, aún cuando éste lo forzó a renunciar a su religión y su profesión, a abandonar su patria y a sufrir las inectivas de sus compatriotas. También en los breves ensayos necrológicos reunidos en *El bosque de las letras*, Goytisolo tiende a resaltar las virtudes de los escritores fallecidos: Severo Sarduy es retratado como un ejemplo de modestia, rigor y escrupulosidad, a Manuel Puig se le

elogia por su defensa de los derechos de mujeres y homosexuales, y Reinaldo Arenas es considerado un héroe por haber dispuesto su propia muerte a fin de asegurarse una muerte digna (Goytisolo 1995: 117, 125, 127).

No extraña, pues, que el retrato de Azaña se haga en clave moral. Pero Goytisolo va más allá y presenta su ensayo como el retrato de un santo laico: “No es mi propósito (...) analizar la conducta y la obra de Manuel Azaña, primero al frente del gobierno y luego de la presidencia de la República (...) Pero sí señalar su concepción ética de la política como una especie de santidad en un orden puramente laico.” (EL 141) La “santificación” de Azaña recuerda los escritos en que Goytisolo retrata a su amigo Jean Genet como un santo, utilizando el término acuñado por Sartre en su *Saint Genet* con el significado particular del *malamatí* o “santo popular” musulmán, cuya santidad consiste en ocultar las virtudes y la piedad y ostentar una conducta extravagante y reprensible a los ojos del prójimo (Goytisolo 1995: 96-97). En el caso de Azaña, el término se usa libre de toda connotación religiosa y mística, en un sentido estrictamente moral. Pese a la reticencia de Goytisolo a hablar del Azaña político, concentra la “santidad” de la figura en su comportamiento político en cuanto “ética traducida en acción.” (EL 142) Entre los méritos de Azaña, Goytisolo destaca algunos rasgos que forman la base de su inconformismo político y social, como el racionalismo, que el autor intentó transmitir a sus compatriotas “poco propensos al libre examen y a la razón personal” (Ibíd.) y el espíritu democrático, refractario de toda ambición totalizadora o autocrática.

Sin embargo, la característica que Goytisolo juzga más meritoria en la personalidad de Azaña testimonia de otra forma, más matizada y menos “demoledora” de disidencia: se trata de la generosidad y la ecuanimidad que el presidente de la República agredida supo demostrar en medio de la contienda. Una de las muestras de dicha actitud es la defensa de las instituciones legales y el respeto de sus límites, a fin de mantener la legitimidad frente al bando opuesto, que es la “negación de la ley”. Otra sería su capacidad de “trascender la beligerancia” entre las “dos Españas” y seguir considerando como españoles con derecho a la libertad y la democracia a los combatientes de *ambos* bandos, posición que Goytisolo relaciona con la poesía de guerra de Luis Cernuda. Goytisolo criticó en varias ocasiones, no sólo a los propagandistas e ideólogos del nacionalcatolicismo, sino a los

escritores del 98 de haber fomentado la beligerancia en el campo de las ideas (*EL* 41). A este propósito, sin embargo, es lícito preguntarse si la distinción establecida por Goytisolo entre una tradición de la disidencia española (desde Rojas a Azaña) y una tradición oficial de la que forman parte Maeztu, García Morente o Menéndez Pidal, no resucita también la idea de las dos Españas.

La actuación de Azaña en la guerra civil española tiene un papel importante en la valoración del personaje. De un modo general, la actitud hipercrítica de Goytisolo frente a la glorificación de un pasado colectivo disminuye considerablemente cuando refiere a la lucha republicana en la contienda y, por extensión, a la lucha contra el régimen franquista. El autor advierte la misma flexibilidad en el abandono de la actitud crítica en Azaña respecto a Madrid:

Azaña, el hipercrítico, el demoledor que no deja piedra sobre piedra y vierte su corrosiva ironía sobre la ciudad y sus habitantes, es también el autor de un bello homenaje a la grandeza moral que le confiere su resistencia a los militares sublevados en 1936. (...) [L]as palabras de Azaña (...) muestran que su “apostasía” madrileña podía transformarse en querencia cuando las circunstancias lo permitían. (*EL* 34)

Cuando las circunstancias lo permiten, no cabe duda de que también Goytisolo prefiere construir en vez de demoler. El retrato de Azaña en *El lucernario* es el de un héroe moral con modestos rasgos mesiánicos, a los que remite el título de la obra:

En el desconsuelo de la derrota y de las perspectivas sombrías del triunfo del nazismo en Europa, Azaña no se desarma, y en la lobreguez y oscuridad del mundo que le rodea, abre un lucernario por el que se cuela un tenue rayo de luz. Su fe nunca desmentida en la honradez y la verdad le sobrevive. (*EL* 7-8)

Tensiones en la praxis crítica: ¿yo o el otro?

Juan Goytisolo se propone con su ensayo *El lucernario* restablecer, después de varias décadas de olvido y censura, la personalidad y la obra de Manuel Azaña. Frente a las iniciativas de recuperación ideológica de la figura del presidente por algunos políticos actuales de derechas, especialmente la de José María Aznar durante su presidencia del gobierno, Goytisolo pretende trazar un retrato más completo y más fiel de Azaña, basado exclusivamente en los escritos literarios y ensayísticos del autor. No cabe duda de que el ensayo crítico de

Goytisolo constituye uno de los retratos más sustanciosos y coherentes de Azaña escritor e ideólogo. No obstante, como se ha mostrado en este trabajo, la lectura de Goytisolo también tiene una fuerte tendencia a la apropiación.

En realidad, se observa una tensión en este ensayo entre el afán de reivindicación y glorificación moral de Azaña y la crítica “apasionada” e identificatoria practicada por Goytisolo. Al hablar de Azaña, Goytisolo habla de sí mismo: así lo expone en varios textos sobre su concepción de la crítica literaria y así lo explicita al final de su ensayo sobre Blanco White: “Acabo ya y sólo ahora advierto que al hablar de Blanco White no he cesado de hablar de mí mismo.” (Goytisolo 1982: 98) Como advierte Ángel Loureiro, cada autobiografía -y conforme a la definición citada, los ensayos críticos de Goytisolo se pueden considerar como autobiografías intelectuales- consiste en la creación del yo por la intertextualidad:

Blanco White and Goytisolo confuse rhetoric with psychology when they construe their lives as a process of purification and reencounter with a self, without realizing that they are actually creating intertextual selves that borrow their constitutional images from the texts of religion, politics or contemporary psychology. (Loureiro 1998: 53)

[Blanco White y Goytisolo confunden la retórica con la psicología al construir sus vidas como un proceso de purificación y reencuentro con un yo, sin darse cuenta de que en realidad están creando un yo intertextual que toma prestado su imagen constitutiva de textos religiosos, de política o de psicología contemporánea].

El árbol de la literatura hispana y el arbusto de la disidencia, dibujados y comentados por Goytisolo en sus libros de ensayos, son, pues, elementos constitutivos del Goytisolo escritor y crítico que llegamos a conocer los lectores. En el marco del presente trabajo, cabe definir el aporte de Azaña al autorretrato literario e ideológico de Goytisolo. A primera vista, la lectura de la obra de Azaña toma un carácter predominantemente auto-afirmativo. Goytisolo retiene en los textos de Azaña sobre todo las posturas que se acercan a las suyas y los temas que constituyen los núcleos de su propia obra: el rechazo del esencialismo nacionalista y de los valores patrios, el laicismo y la crítica de las instituciones religiosas, la mirada desmitificadora sobre el pasado español, la crítica del impacto del mercado editorial sobre la literatura. Las discrepancias entre los idearios de ambos escritores, en cambio, quedan sin mencionar. Goytisolo se posiciona con respecto a

la obra de Azaña como un pensador y escritor formado, que se reconoce en un alma gemela, un intelectual que podría haberle influenciado profundamente de haber leído su obra en otro momento, pero que ya tiene muy poco que enseñarle.

Tan solo la dimensión ética del ensayo constituye una excepción a este respecto: el discurso identificador, aprobador, cede el lugar en estos pasajes a un discurso más abiertamente admirativo y apreciativo. En el retrato de Azaña como un hombre honrado y generoso parece prevalecer el afán de rendir homenaje a un precursor intelectual y un pensador autónomo sobre el anhelo de autotfiguración ideológica y moral. Sin embargo, el halo de honradez y valentía que rodea a Azaña, se extiende a sus epígonos en la tradición de la disidencia. No cabe duda de que Goytisolo, dedicando un ensayo crítico a la obra de Azaña, ha querido cometer un acto de disidencia. Es conocida la aversión del autor a la crítica prudente de los intelectuales posmodernos, que le recuerdan la obediencia de los palomos amaestrados por un juglar de la Plaza de Marraquech:

El vuelo del escritor e intelectual posmodernos no se aventura allende el campo trazado: desde su jaula académica, corporativista o mediática, vuela al frontispicio del Banco y regresa a ella. (...) La esforzada labor de crítica y revisión del pasado español de alguien exterior al cotarro, por esencial que sea, será sistemáticamente omitida (...) Dime a quien citas y te diré quién eres. Los citados pertenecen siempre a ese nebuloso patrimonio nacional que configura a lo largo de los siglos de manipulación y ocultamiento nuestra presunta entidad castiza. (Goytisolo 1999: 80-81)

Si la reivindicación de la figura del último presidente de la República, en la España de principios del tercer milenio, aun se puede considerar como un acto de disidencia, es tema para otro debate.

Notas

¹ El concepto de la honradez remite a la sinceridad y la autenticidad de la enunciación y no implica, por lo tanto, necesariamente identificación o aprobación ideológica. Así, tanto Goytisolo como Azaña destacan la “honradez” de Ganivet en su *Idearium español*: “Pese a su índole anacrónica y a menudo disparatada, el *Idearium*, releído varias décadas después de mi primera aproximación a él, me sigue pareciendo, como a Azaña, digno de simpatía compasiva ‘por el calor y la honradez con que está escrito’, así como por la angustia real que rezuman sus páginas” (EL 49).

Bibliografía

- Azaña, Manuel. 2002 [1930]. *Plumas y palabras*. Barcelona: Crítica.
- Goytisolo, Juan. 2004. *El lucernario. La pasión crítica de Manuel Azaña*. Barcelona: Península.
- Goytisolo, Juan. 1999. *Cogitus interruptus*. Barcelona: Seix Barral.
- Goytisolo, Juan. 1995. *El bosque de las letras*. Madrid: Alfaguara.
- Goytisolo, Juan. 1982 [1972]. *Obra inglesa de Blanco White*. Barcelona: Seix Barral.
- Goytisolo, Juan. 1976a. [1967] *El furgón de cola*. Barcelona: Seix Barral.
- Goytisolo, Juan. 1976b. 'Escritores, críticos y fiscales'. In: *Triunfo* (28.02.1976): 46-50.
- Hernández, José A. & Isabel C. Tarán. 1976. 'Juan Goytisolo'[entrevista]. In: *MLN* 91 (2): 337-355.
- Loureiro, Angel G. 'Intertextual Lives: Blanco White and Juan Goytisolo'. In: Jeanne P. Brownlow & John W. Kronik (eds). 1998. *Intertextual Pursuits. Literary Mediations in Modern Spanish Narrative*. Lewisburg/London: Bucknell University Press/ Associated University Press: 42-56.
- Ridao, José María. 2002. 'Azaña habla de Marruecos'. In: *El País* (12.10.2002). Disponible en la red. In: *El País.com*. 'Babelia' http://www.elpais.com/articulo/ensayo/Azana/habla/Marruecos/elpepuculbab/20021012elpbabens_12/Tes/. (consultado el 25.12.2007).